

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Sábado 4 de Noviembre.

El Eco de Cartagena

La avaricia y la usura.

La avaricia, hermana gemela de la ambicion y de la usura, es el apetito frenético y desenfrenado de adquirir y retener las riquezas terrenales.

Denigrante y funesta como todos los demás vicios que pesan sobre la humana especie, empaña la pureza del corazon, y a sangría, debilita y destruye sus buenas inclinaciones.

Enemiga acérrima de la Caridad y de la filantropía, la avaricia es el camino que conduce al estoicismo, a la mentira, la hipocresía, y a todos los demás vicios que acumula el malvado en su seno corrompido.

El avaro es un estúpido bruto esclavo de su riqueza para quien todos los medios son buenos, legítimos y legales, si conducen al aumento y progreso del capital. Es el centinela perpétuo de sus tesoros, que no admite reemplazo ni relevo para su guarda ó custodia; y vive en continua alarma temeroso de ser acometido á cada instante por el ladrón ó facineroso.

A la manera que el águila real armada de su afilada garra, y acerado pico, en su rápido vuelo bajo el encaje alabastrino de las nubes, ó cerniéndose en el espacio, aprovecha la ocasión oportuna para lanzarse sobre su presa, así el avaro usurero acomodado en su butaca de rústico pino tapizada de vaqueta negra como su alma, y guarecido con la impenetrable coraza de sus verdes gafas, espera el momento de arrojar y desgarrar las entrañas del triste que, apremiado por una indispensable necesidad, se aproxima á sus arcas en demanda de lo que ha de salvar el honor de sus hijos.

El avaro usurero repito, al abrigo del parapeto de sus verdes cristas-

les que ponen á cubierto el espejo del alma, que son los ojos; procura que la luz dé de lleno sobre los de su víctima; y apreciando por la languidez de las miradas, y el abatido ánimo que refleja en la fisonomía del paciente, el grado de apuro y necesidad en que este se encuentra, aprieta sin conciencia, ni conmiseración la tuerca de la prensa maldita del tanto por ciento, hasta que exprime la última gota, la postrera partícula del amarillo, brillante y precioso metal aportado de las tierras de Motezuma y de los Incas.

Como el usurero no alberga en su corazon depravado la Caridad y el amor al prójimo, no calcula ni mide la exageración de sus pretensiones; y presencia con marcada alegría y cinico descaro, pasar á sus arcas la modesta fortuna de una honrada familia que, no pudiendo salvar sus compromisos, entrega á discreción su heredad por la mitad ó la cuarta parte de su valor, quedando reducida á la más espantosa miseria.

El laborioso y honrado artista que carece de trabajo y ocupación para cubrir las necesidades de su familia, coje sus mejores prendas de cama y de vestir y va con ellas á la humanitaria casa de préstamos, donde por el módico interés de un treinta y cinco á cuarenta por ciento deposita su única fortuna: tasadas las prendas por menos de la mitad, y á capricho del prestamista, pasan á ser de la propiedad exclusiva de este, tal vez por la cuarta parte de su valor, si á los cuatro meses de constituido el depósito no se retira por el interesado abonando capital é intereses. El resultado inmediato y más común de estas operaciones, viene á ser la pérdida total de los objetos empeñados, causando con ello la desnudez y privación de recursos para salvar á los pobres y desgraciados hijos de los rigores del frío.

Dirá el usurero, en apoyo quizás de su proceder inhumano, que su donativo metálico ha podido salvar del hambre y la desesperación á una

familia desgraciada; pero no calcula que su préstamo es igual al calumante que proporciona al enfermo una mejora momentánea y ficticia, haciendo reaparecer más tarde el dolor con más fuerza é intensidad: que es una sangría que tranquiliza y encauza la circulación de la sangre, pero que debilita tanto las fuerzas físicas del paciente que concluye por causarle la muerte.

El comercio de buena fé, pone en circulación sus capitales; y arriesgándolos en cualquiera especulación, se dá por satisfecho cuando los salva y recoge con el aumento de un módico y mediano beneficio. El prestamista usurero, no aventura nunca su metálico, ni lo extrae de sus férreas enterradas arcas sino al amparo y garantía de una saneada hipoteca que duplique, cuando menos su valor; no dando nunca su oro sino á crecido interés.

La usura desarrollada con el tanto por ciento, es la gangrena y carcinoma de los capitales; y se ve con bastante frecuencia que, una pequeña suma capitalizada con intereses crecidos, absorbe y destruye con el tiempo la brillante fortuna de un poderoso.

«El esclavo, dice una máxima de La Bruyere, no tiene más que un señor; el ambicioso, tantos como personas pueden aumentar la fortuna.»

La pobreza carece de muchas cosas, la avaricia de todo.

La ilusión de los avarientos, dice La Rochefoucauld, consiste en considerar el oro y la plata como bienes, siendo así que no son más que medios para proporcionárselos.

El avaro es por lo regular poco aseado, ó mejor dicho, súpido é intratable; porque solo encuentra placer en el recuento y contemplación de su dinero. Vive intranquilo, y ni aun reposo encuentra en el lecho: el menor ruido le despierta, y levantándose despavorido, corre en busca de sus talegos que ha soñado le eran arrebatados por un atrevido y astuto bandolero.

La casa del usurero avaro, es la cueva de la araña venenosa, cuyo

asqueroso y repugnante insecto entrelaza y teje con su ténue y sutil filamento el espacio en que se mueve la triste y desgraciada mosca de la necesidad, y enredándola en su fibrosa y enmarañada tela, le chupa y extrae hasta la última gota de su sangre.

El avaro usurero, en resumen, no alberga en su empedernido é ingrato corazon un átomo de sensibilidad y de amor al prójimo: desconoce por completo los sublimes y grandiosos efectos de la caridad, y solo encierra en su alma depravada, ilimitado cariño y estremada pasión á sus tesoros: no tiene en cuenta que, á la terminación de la vida desaparecen por completo los bienes terrenales; y que solamente la tranquilidad de la conciencia, si se ha empleado parte de aquellos en el ejercicio de buenas obras, hace al mortal abrigar la consoladora esperanza de obtener de la infinita misericordia de Dios, el perdón de sus culpas, y por consiguiente, la posesión de la Gloria Eterna.

PRIMO LOPEZ.

Misceláneas.

El gobierno prusiano ha adoptado para las líneas Halle-Cassel, del Este y del Mein Weser, un aparato llamado «Stathmograph» destinado á marcar la celebridad de los convoyes. Con este aparato puede el encargado de él leer á cada momento sobre un cuadrante el grado de velocidad.

Además de esto, una especie de punzon continuamente mojado en tinta traza sobre una faja de papel, que se desenrolla á proporción y á medida de la marcha de los convoyes, las curvas del camino. El encargado del convoy puede de este modo adquirir conocimiento exacto, aun durante la noche, del lugar en que se encuentra, sin necesidad de mirar fuera.

El «Stathmograph» funciona hace próximamente un año en la línea de Hannover, en donde ha habido lu-